

Anuario de Psicología
2008, vol. 39, nº 1, 93-100
© 2008, Facultat de Psicologia
Universitat de Barcelona

Un sector susceptible de doble marginación: mujeres mayores que ejercen o han ejercido la prostitución*

Anna Freixas Farré
Universidad de Córdoba
Dolores Juliano Corregido
Universidad de Barcelona

En nuestra investigación hemos querido conocer las trayectorias de vida de mujeres de mediana edad que han sido o siguen siendo trabajadoras sexuales, a partir de la autoevaluación de los logros y los fracasos alcanzados y del reconocimiento personal de los recursos internos y externos de que han dispuesto para hacer frente a los diversos avatares de su vida como prostitutas, así como para el posible cambio de orientación laboral. Nos hemos centrado en la autopercepción del significado del proceso de envejecimiento, desde su particular posición en la estructura social.

Palabras clave: *envejecer, edadismo, prostitución, trabajo sexual, exclusión social.*

A social group at risk of double exclusion: middle-aged women who practise or have practised prostitution

In our research we examine the life stories of middle-aged women who have been or still are prostitutes, starting with their self-assessment of achievements or failures, and going on to explore the internal and external means available to them to deal with the risks of their lives as prostitutes or when considering any possible change of work. We focus on their self-perception of the aging process from their particular position within social structure.

Key words: *aging, ageism, prostitution, sexual work, social exclusion.*

* Los contenidos de este artículo tienen su origen en un proyecto de investigación financiado por el III Plan Nacional de I+D+I para el Programa Sectorial de Estudios de las Mujeres y del Género (2002-2004). Investigadoras responsables: Anna Freixas y Dolores Juliano. Isabel Holgado colaboró en realizar entrevistas en Barcelona y en la elaboración teórica. Investigadoras participantes: Bárbara Luque, M^a Luisa Calero, Carmen de la Mata, Cristina Blanco, Marta Sanromà y Paqui Fernández.

Correspondencia: Anna Freixas Farré. Departamento de Psicología. Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad de Córdoba. S. Alberto Magno, s/n. 14071 Córdoba. Correo electrónico: afreixas@uco.es; correo electrónico Dolores Juliano: mdjuliano@hotmail.com

Original recibido: diciembre 2007. Aceptado: febrero 2008.

Nuestra investigación trata sobre las trayectorias laborales y vitales de mujeres de mediana edad que son o han sido trabajadoras sexuales y con ella hemos procurado acercarnos al conocimiento de los mecanismos de integración social que han podido utilizar. También hemos querido conocer los efectos que puede producir la estigmatización en la construcción de la autovaloración para este colectivo. Sobre ambos temas –ancianidad y prostitución– funcionan poderosos imaginarios sociales, pero carecemos de datos que permitan confrontar esas imágenes con la realidad. Nuestra herramienta para acercarnos al problema han sido las historias de vida.

La sociedad occidental manifiesta numerosos estereotipos discriminatorios hacia las personas mayores que Butler (1969) definió con el término *ageism*, edadismo. Especialmente, algunas poblaciones que en la vida cotidiana suelen soportar situaciones de estigmatización (lesbianas, pobres, discapacitadas) sufren mayor discriminación cuando envejecen. Las prostitutas, por su parte, constituyen un grupo que padece una extrema estigmatización, por lo que su experiencia resulta de gran relevancia teórica (Juliano, 2002; Petherson, 1996/2000). Sólo algunos estudios plantean la vinculación entre ser mayor y pertenecer a alguno de estos colectivos estigmatizados (Fullmer, Shenk, y Eastland, 1999; Macdonald y Rich, 1983; Morris, 1996/1997; Shenk y Fullmer, 1996). Resulta interesante el hecho de que desde mediados de la década de los 70 del siglo pasado comienzan a aparecer trabajos donde se escucha la voz y las reivindicaciones de las propias prostitutas (Delacoste y Alexander, 1987; Jaget, 1980; James, Withers, Haft, Theiss, y Owen, 1975; James, 1985; Marqués, 1991; Petherson, 1992), lo que ha significado un importante avance en el tratamiento del problema.

Los trabajos llevados a cabo por Goffman sobre la construcción social del estigma y los tipos de estigmatización han abierto una perspectiva fructífera para el análisis de relaciones sociales asimétricas (Goffman, 1963/1970). El estigma es una marca o señal, colocada socialmente sobre aquellas personas que se han designado para que sufran un trato discriminatorio. Sin embargo, una persona o grupo que padece habitualmente estigmatización puede sortear ese obstáculo disimulando la actividad (o la característica real o atribuida) que la sociedad liga al estigma. Esta estrategia merece ser estudiada con detenimiento en el caso de las trabajadoras del sexo, porque coloca a las personas que la utilizan en una frágil situación de “estigmatizables” cuando se descubre su secreto. Las técnicas de ocultación del estigma y los temores y los costes de tales opciones han sido uno de los ejes de nuestra investigación.

Debido al carácter descriptivo, exploratorio y reflexivo de este proyecto hemos utilizado un modelo feminista de investigación cualitativa que parte de las experiencias de las mujeres y propone la validación de la visión del mundo de las participantes en sus propias palabras y narrativas. Este trabajo se ha llevado a cabo entre dos grupos de investigación situados en dos ciudades –Córdoba y Barcelona– que poseen trayectorias diferentes. El equipo de Córdoba posee una larga experiencia en trabajos relacionados con el envejecer y el grupo de Barcelona posee una acreditación notable en temas relativos al trabajo sexual.

Las participantes/informantes han sido dos grupos de mujeres de más de 50 años –en total veintiocho mujeres– que fueron o siguen siendo trabajadoras sexuales. Trece de ellas viven y trabajan en Córdoba y otras quince lo hacen en Barcelona. La estrategia de selección de las participantes se ha realizado a partir de la técnica de la “bola de nieve”: “conocer a algunas informantes y lograr que ellas nos presenten a otras” (Taylor y Bogdan, 1984/1986, p. 109). Para la recogida de información hemos utilizado dos instrumentos: *a)* Entrevistas semiestructuradas en profundidad, que nos han permitido obtener información sobre los núcleos principales del trabajo y también nos han ofrecido la oportunidad de incorporar las aportaciones espontáneas de las participantes y *b)* Entrevistas grupales, que nos han permitido profundizar en algunos temas fundamentales de la investigación y conocer la opinión de las participantes sobre aspectos que hemos considerado relevante clarificar en grupo.

De la casa a la calle

Algunos elementos uniforman una buena parte de las historias de vida de nuestras participantes. Tres factores básicos –la falta de formación, la pobreza de la familia de origen y la ruptura de un proyecto inicial de tipo familiar clásico– se suelen conjugar de diversas maneras para establecerlas en una posición débil en el mercado laboral y afectivo, y facilitan su incorporación al trabajo sexual.

Casi el 80% de ellas provienen de familias pobres o con un escaso poder adquisitivo. La falta de recursos económicos las obligó a abandonar su escolarización para cuidar de sus hermanas o hermanos, o para ponerse a trabajar –con frecuencia en el campo– con el fin de colaborar en la economía familiar. Otro elemento que encontramos tiene que ver con el tipo de relación familiar que tuvieron de pequeñas, caracterizado por la pérdida del vínculo maternal y paternal a una edad temprana, o por un clima o coyuntura familiar difícil, situaciones que afectan al 21,43% de nuestras informantes.

El 25,93% empezó a trabajar antes de los 14 años; el 48,15% lo hizo entre los 14 y 15 años. Sus itinerarios profesionales empiezan muy temprano, en trabajos duros y mal pagados. Con el tiempo encuentran otros trabajos, igualmente penosos, pero algo mejor remunerados, y en algún momento de este itinerario entran en el trabajo sexual, argumentando que ésta era la mejor opción que se les ofrecía, dada su escasa preparación profesional: “No sabía hacer nada”, comentan. En términos generales se trata de una población que no entra en el trabajo sexual a la fuerza o engañada. Sólo el 18,52% se inicia presionada o engañada por un hombre –en la mayoría de los casos su pareja afectiva–, mientras que el 40,74% fueron informadas por una persona amiga que con frecuencia también era trabajadora sexual y el 37,04% tomó la decisión por sí misma, sin consejos o presiones externas.

Un discurso profesionalizador atraviesa su argumentación, señalando los requerimientos de este trabajo (organización, horario, previsiones, negociaciones y formalidades diversas) y la exigencia de una necesaria escisión entre trabajo sexual y vida cotidiana. Una identidad laboral que no tiene vinculación

con su identidad personal: “Cuando el cliente se va, este cuadro se queda a un lado y te olvidas. En el trabajo eres puta, en casa señora”.

“Cherchez la racine économique”

La mayoría de las razones que se aducen para explicar su ingreso en el trabajo sexual pivotan sobre la necesidad de ganar dinero. Dinero que en la mayoría de los casos tiene como objetivo mantenerse a sí mismas, a los hijos e hijas e incluso a sus madres. Sus historias personales recorren todas las posibles situaciones de la vida cotidiana: las que se quedaron embarazadas y no encontraron apoyo en sus novios y/o familias de origen; las que hicieron una opción tradicional y siendo amas de casa un día se separan o se quedan viudas y tienen que mantener a la familia sin disponer de preparación profesional para hacer otro trabajo que les permita ganar el dinero que necesitan; y las que tienen parejas problemáticas (drogas, juego, cárcel) o que simplemente no ganan dinero (vagos, sistemáticamente en el paro) y se ven obligadas a asumir la responsabilidad económica de la familia.

Llega un día en que necesitan ganarse la vida y, careciendo de formación para poder optar a algún trabajo en el que se gane lo suficiente para sufragar los múltiples gastos que tienen, hacen una evaluación de las diversas oportunidades laborales que la realidad les ofrece y optan por el trabajo sexual, en la medida en que les permite ganar un dinero necesario. Pero no todas entran en el trabajo sexual para ganar un dinero urgente, las hay que siendo jóvenes no tuvieron oportunidad de estudiar, eran malas estudiantes o huían de situaciones familiares o laborales desagradables y/o les gustaba vivir bien, comprarse ropa, tener cosas propias y juzgaron el trabajo sexual como el camino mejor para conseguirlo.

A pesar de que muchas se plantearon el trabajo sexual desde el principio como una opción temporal, cuando barajan la posibilidad de salir de él la realidad se muestra tozuda. ¿Dónde van a ganar el mismo dinero, sin estar capacitadas profesionalmente para optar a otro empleo medianamente bien pagado? Cuando llega el momento en que las desventajas priman sobre las ventajas piensan en dejar el trabajo sexual. Sin embargo, sin haber hecho previsiones no es fácil encontrar el momento de hacerlo.

Aquellas de nuestras informantes que en un momento de su juventud planificaron su futuro en términos económicos, a través de estrategias como el ahorro, la compra de algún inmueble, o a través de planes de pensiones, encaran la vejez con otra mirada. En cuanto a las previsiones económicas vemos una diferencia que se relaciona con la edad de nuestras participantes. Las más jóvenes, alrededor de los 50 años, es más probable que hayan invertido parte de su dinero en la compra de algún inmueble o que hayan hecho planes de pensiones, mientras que las mayores han hecho pocas previsiones económicas, enfrentándose a la vejez en situaciones de alto riesgo y precariedad. Si pudieran volver a empezar algunas afirman que elaborarían estrategias diferentes en relación con el dinero: “Para que luego no te encuentres con las estrellas y el cielo”.

Llaneras solitarias, la dificultad de los vínculos

Las mentiras, los secretos y el silencio definen la realidad del conocimiento que la familia tiene de su condición de prostitutas. Con frecuencia las personas que las rodean saben perfectamente a qué se dedican y de dónde viene el dinero, pero actúan y se relacionan con ellas como si no lo supieran. Para proteger a su familia del estigma que se deriva de su trabajo, suelen trabajar fuera de su ciudad de origen (situación que se convierte en un motivo añadido de exclusión).

En cuanto a los vínculos afectivos, la mayoría de nuestras informantes hace hincapié en la dificultad encontrada para tener una pareja estable, que sea capaz de superar el estigma del trabajo sexual o que las quiera por sí mismas, sin ánimo de lucro. En general, su trayectoria afectiva se asemeja bastante a la de las mujeres no trabajadoras sexuales que, con frecuencia, han tenido varias parejas o han tenido que acomodar su imaginario romántico a la realidad de un mercado del amor en el que a partir de determinada edad se hace difícil disponer de una pareja afectiva heterosexual. Aunque muchas han tenido parejas de las que tienen recuerdos positivos (51,28%), un buen número de ellas ha tropezado en algún momento de su vida con hombres que les han proporcionado una vida difícil; así vemos que la suma de maltratadores, hombres con adicciones, conflictivos, o simplemente vividores y poco responsables, asciende al 48,72% de los evocados. Parece interesante resaltar que todos los maltratadores han sido abandonados por ellas y también han dejado a aquellas parejas que han defraudado sus ideales maternos y no han sido cuidadosos en el trato con los hijos e hijas de ellas.

La edad en el mercado sexual

En esta profesión la edad es un elemento básico, en la medida en que se trabaja con el cuerpo como instrumento laboral en un mercado en el que hay una gran competencia con mujeres jóvenes y con una clientela que prima la juventud. Con los años, el elemento clave para jubilarse en esta profesión es la conducta de los clientes. Señalan que generalmente los hombres, aunque sean mayores, prefieren mujeres jóvenes, aunque también hay clientes a quienes les gustan las mujeres maduras que disponen de más conocimientos y habilidades para satisfacerlos. En la edad mayor suelen trabajar con clientes que son ya hijos.

La mayor parte de nuestras informantes constata que al envejecer se produce una disminución de la cantidad y calidad de su trabajo, tienen que bajar precios y aceptar hombres de menor agrado. Se trata de un trabajo duro físico y psicológicamente, y con la edad se agudizan ambos aspectos. Como contrapartida, con el paso del tiempo se dispone de diversas ventajas, cualidades y habilidades, afirman. La edad proporciona experiencia y sabiduría, y ambas se interrelacionan y potencian: son más cautas, se arriesgan menos, conocen más a los clientes, a quienes saben tratar mejor.

A pesar de todo “siempre hay un cliente para cada tipo de mujer” si se es una buena profesional, afirman. En algunas narrativas se muestra una clara

aceptación de la edad, por parte de quienes niegan sentirse mayores, incluso cerca de los 60 años; también encontramos algunos discursos de autoexclusión y casos de negación de los efectos de la edad en el ejercicio del trabajo sexual.

Los clarosucos de la experiencia profesional

En la evaluación de su experiencia en el trabajo sexual encontramos todas las posiciones posibles, desde quienes muestran una vivencia positiva y afirmativa, hasta quienes la viven de manera claramente negativa, pasando por las que reconocen ambos elementos en su experiencia. Sin embargo, la idea predominante es que este trabajo con el tiempo se les va haciendo más cuesta arriba y los perfiles negros predominan sobre los alegres colores del principio.

Algunas de las trabajadoras sexuales evalúan el tiempo vivido en la prostitución como un periodo bueno que les ha permitido vivir mejor y cuidarse más. Consideran que no han tenido malas experiencias y que han podido ganar dinero que les ayuda a minimizar otros aspectos negativos: “Ganas dinero y no piensas en nada más”. Se reconoce el trabajo sexual como un medio para alcanzar un fin y una oportunidad de autogestionar su propia vida y disponer de estabilidad laboral y económica. Estos discursos destacan elementos positivos del trabajo sexual como la independencia, la autonomía personal y económica que proporciona, y lo presentan como un trabajo que requiere profesionalización y la capacidad de saber separar la identidad laboral y la identidad personal, con el fin de superar o minimizar el estigma.

Por otra parte, algunas de nuestras participantes elaboran una argumentación claramente negativa sobre su experiencia en el trabajo sexual, en el que no reconocen nada bueno o afirman vivirlo con gran sentimiento de culpa o rechazo. Para algunas de ellas ha reportado consecuencias negativas en su vida personal en la medida en que no han podido disfrutar del crecimiento de sus criaturas, o estar cerca de sus progenitores en la época en que han envejecido, puesto que han vivido siempre lejos de ellos. También se evalúan algunos errores cometidos, especialmente cuando no se han planificado las estrategias necesarias para asegurar económicamente la vejez: “Se gana dinero, pero a la larga no te trae nada. Te ves tirada”. En la evaluación negativa que realizan interviene de manera bastante clara la influencia de la edad, al reconocer que con el tiempo, la vivencia y la experiencia en este trabajo empeora, se hace más negativa, más insoportable. Al principio, cuando eran jóvenes, algunos elementos, como el dinero, permitían minimizar las dificultades o simplemente el trabajo les resultaba menos desagradable. Estas mujeres evalúan este trabajo como duro, difícil, cansado y lleno de peligros. Varias de nuestras participantes hacen hincapié en que nada más lejos de la vida fácil que la prostitución. Ironizan al respecto: “Hay gente que dice que esto es la buena vida. ¿La buena vida?” De hecho, si pudieran rebobinar y volver a empezar, la idea predominante es que de ninguna manera elegirían este trabajo, aunque se encuentran matices en relación con la necesidad y con el conocimiento adquirido.

Las mujeres que tienen más clara la consideración de la prostitución como un trabajo la reivindican como una profesión y reclaman que sea considerada un trabajo como cualquier otro: honrado, digno y no humillante; un trabajo que se escoge para hacer frente a las necesidades económicas. Frente al estigma llevan a cabo interesantes argumentaciones sobre la dignidad del trabajo sexual y la independencia respecto a lo que pueden pensar otras personas.

A modo de conclusión

Nuestro estudio nos enfrenta con la diversidad interna que presenta el trabajo sexual, muy lejos de las visiones uniformizadoras que circulan al respecto. Las experiencias de nuestras participantes abarcan un amplio abanico de vivencias en términos de logros y fracasos, que no se agotan en la visión victimista, aunque tampoco dan pie a interpretaciones triunfalistas. De las historias de vidas obtenidas para nuestra investigación se desprende que, desde el punto de vista de las trabajadoras sexuales, la prostitución es utilizada sistemáticamente como una actividad refugio, es algo a lo que se recurre para solucionar problemas tales como carencias económicas, problemas de horarios de trabajo, rechazo familiar o soledad; desde este punto de vista es vivida más como un recurso multifuncional, que como un problema en sí misma. Las mujeres alternan la prostitución con otras actividades y con la utilización de recursos oficiales tales como ayudas institucionales, de las cuales suelen ser muy dependientes. La mayoría de las veces soslayan la estigmatización ocultando a sus familiares su actividad. Frecuentemente no se trata siquiera de que mientan sobre el origen del dinero, sino que no lo hacen explícito.

A diferencia de la idea comúnmente aceptada, según la cual las trabajadoras sexuales se ven abocadas a una vejez problemática y desvinculada, nuestro estudio no señala grandes diferencias entre sus condiciones de envejecer y las del resto de las mujeres. Es cierto que la soledad, la pobreza y el desvalimiento se encuentran entre ellas, pero también la conciencia de haber adquirido experiencias valiosas, el ingenio, el buen hacer, la previsión y en algunos casos una autovaloración que las lleva a hacer un balance desdramatizado de su experiencia.

REFERENCIAS

- Butler, Robert (1969). Ageism: Another form of bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243-246.
- Delacoste, Frédérique & Alexander, Priscilla (Eds.) (1987). *Sex work: Writing by women in the sex industry*. San Francisco: Cleis Press.
- Fullmer, Elise M., Shenk, Dena & Eastland, Lynette J. (1999). Negating identity: A feminist analysis of the social invisibility of older lesbians. *Journal of Women & Aging*, 11(2/3), 131-148.
- Goffman, Erving (1963/1970). *Estigma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jaget, Claude (Ed.) (1980). *Prostitutes. Our life*. New Hampshire: USA.
- James, Jennifer; Withers, Jean; Haft, Marilyn; Theiss, Sara & Owen, Mary (1975). *The politics of prostitution*. Seattle: Social Research Associates.
- James, Selma (Ed.) (1985). *Strangers & sisters. Women, race & immigration*. London: Falling Wall Press.
- Juliano, Dolores (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria.

- Macdonald, Barbara & Rich, Cynthia (1983). *Look me in the eye. Old women and aging and ageism*. San Francisco: Spinsters.
- Marqués, Josep Vicent & Osborne, Raquel (1991). *Sexualidad y sexismo*. Madrid: Fundación Universidad-Empresa.
- Morris, Jenny (1996/1997). *Encuentros con desconocidas*. Madrid: Narcea.
- Petherson, Gail (1996/2000). *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa.
- Pheterson, Gail (Ed.) (1992). *Nosotras, las putas*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Shenk, Dena & Fullmer, Elise (1996). Significant relationships among older women: Cultural and personal constructions of lesbianism. *Journal of Women & Aging*, 8(3/4), 75-89.
- Taylor, Steve J. & Bogdan, Robert (1984/1986). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Buenos Aires: Paidós.